



LECTIO DIVINA

III Semana del Tiempo Ordinario
Del 27 de enero al 02 de febrero de 2019



Oración introductoria

Señor, dame la gracia de estar en tu presencia y abrir mis oídos espirituales para poder escuchar con claridad tu Palabra que me da vida.

Petición

Señor, ayúdame a tomar cada día como una oportunidad para crecer en el amor, en la imitación, en el seguimiento de tu Hijo Jesucristo.

Lectura del libro de Nehemías (Neh. 8,2-4a.5-6.8-10)

En aquellos días, el día primero del mes séptimo, el sacerdote Esdras trajo el libro de la ley ante la comunidad: hombres, mujeres y cuantos tenían uso de razón. Leyó el libro en la plaza que está delante de la Puerta del Agua, desde la mañana hasta el mediodía, ante los hombres, las mujeres y los que tenían uso de razón. Todo el pueblo escuchaba con atención la lectura de la ley. El escriba Esdras se puso en pie sobre una tribuna de madera levantada para la ocasión. Esdras abrió el libro en presencia de todo el pueblo, de modo que toda la multitud podía verlo; al abrirlo, el pueblo entero se puso de pie. Esdras bendijo al Señor, el Dios grande, y todo el pueblo respondió con las manos levantadas: «Amén, amén». Luego se inclinaron y adoraron al Señor, rostro en tierra. Los levitas leyeron el libro de la ley de Dios con claridad y explicando su sentido, de modo que entendieran la lectura. Entonces, el gobernador Nehemías, el sacerdote y escriba Esdras, y los levitas que instruían al pueblo dijeron a toda la asamblea: «Este día está consagrado al Señor, vuestro Dios: No estéis tristes ni lloréis» (y es que todo el pueblo lloraba al escuchar las palabras de la ley). Y añadieron: «Andad, comed buenas tajadas, bebed vino dulce y enviad porciones a quien no tiene, pues es un día consagrado a nuestro

Salmo (Sal 18,8.9.10.15)

Tus palabras, Señor, son espíritu y vida.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (1 Cor. 12,12-30)

Hermanos: Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. Pues el cuerpo no lo forma un solo miembro sino muchos. Si el pie dijera: «No soy mano, luego no formo parte del cuerpo», ¿dejaría por eso de ser parte del cuerpo? Si el oído dijera: «No soy ojo, luego no formo parte del cuerpo», ¿dejaría por eso de ser parte del cuerpo? Si el cuerpo entero fuera ojo, ¿cómo oiría? Si el cuerpo entero fuera oído, ¿cómo olería? Pues bien, Dios distribuyó el cuerpo y cada uno de los miembros como él quiso. Si todos fueran un mismo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Los miembros son muchos, es verdad, pero el cuerpo es uno solo. El ojo no puede decir a la mano: «No te necesito»; y la cabeza no puede decir a los pies: «No os necesito». Más aún, los miembros que parecen más débiles son más necesarios. Los que nos parecen despreciables, los apreciamos más. Los menos decentes, los tratamos con más decoro. Porque los miembros más decentes no lo necesitan. Ahora bien, Dios organizó los miembros del cuerpo dando mayor honor a los que menos valían. Así, no hay divisiones en el cuerpo, porque todos los miembros por igual se preocupan unos de otros. Cuando un miembro sufre, todos sufren con él; cuando un miembro es honrado, todos se felicitan. Pues bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro. Y Dios os ha distribuido en la Iglesia: en el primer puesto los apóstoles, en el segundo los profetas, en el tercero los maestros, después vienen los milagros, luego el don de curar, la beneficencia, el gobierno, la diversidad de lenguas. ¿Acaso son todos apóstoles? ¿O todos son profetas? ¿O todos maestros? ¿O hacen todos milagros? ¿Tienen todos don para curar? ¿Hablan todos en lenguas o todos las interpretan?

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 1,1-4; 4,14-21)

Ilustre Teófilo: Puesto que muchos han emprendido la tarea de componer un relato de los hechos que se han cumplido entre nosotros, como nos los transmitieron los que fueron desde el principio testigos oculares y servidores de la palabra, también yo he resuelto escribírtelos por su orden, después de investigarlo todo diligentemente desde el principio, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido. En aquel tiempo, Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu; y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en las sinagogas, y todos lo alababan. Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el rollo del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor». Y, enrollando el rollo y devolviéndolo al que lo ayudaba, se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos clavados en él. Y él comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír».

Releemos el evangelio

San Ambrosio (c. 340-397)

obispo de Milán y doctor de la Iglesia

Comentario al salmo 1, 33; CSEL 64, 28-30

“Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír”

Sacia tu sed en el Antiguo Testamento para, seguidamente, beber del Nuevo. Si tú no bebes del primero, no podrás beber del segundo. Bebe del primero para atenuar tu sed, del segundo para saciarla completamente... Bebe de la copa del Antiguo Testamento y del Nuevo, porque en los dos es a Cristo a quien bebes. Bebe a Cristo, porque es la vid (Jn 15,1), es la roca que hace brotar el agua (1Co, 10,3), es la fuente de la vida (Sal 36,10). Bebe a Cristo porque él es “el correr de las acequias que alegra la ciudad de Dios” (Sal 45,5), él es la paz (Ef 2,14) y “de su seno nacen los ríos de agua

viva” (Jn 7,38). Bebe a Cristo para beber de la sangre de tu redención y del Verbo de Dios.

El Antiguo Testamento es su palabra, el Nuevo lo es también. Se bebe la Santa Escritura y se la come; entonces, en las venas del espíritu y en la vida del alma desciende el Verbo eterno. “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios” (Dt 8,3; Mt 4,4). Bebe, pues de este Verbo, pero en el orden conveniente. Bebe primero del Antiguo Testamento, y después, sin tardar, del Nuevo. Dice él mismo, como si tuviera prisa: “Pueblo que camina en las tinieblas, mira esta gran luz; tú, que habitas en un país de muerte, sobre ti se levanta una luz” (Is 9,1 LXX). Bebe, pues, y no esperes más y una gran luz te iluminará; no la luz normal de cada día, del sol o de la luna, sino esta luz que rechaza la sombra de la muerte.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Caminar: sí, pero ¿hacia dónde? En base a cuanto se ha dicho, propongo un doble movimiento: de entrada y de salida. De entrada, para dirigirnos constantemente hacia el centro, para reconocernos sarmientos injertados en la única vid que es Jesús. No daremos fruto si no nos ayudamos mutuamente a permanecer unidos a él. De salida, hacia las múltiples periferias existenciales de hoy, para llevar juntos la gracia sanadora del Evangelio a la humanidad que sufre. Preguntémonos si estamos caminando de verdad o solo con palabras, si los hermanos nos importan de verdad y los encomendamos al Señor o están lejos de nuestros intereses reales. También preguntémonos si nuestro camino es un volver sobre nuestros propios pasos o si es un ir al mundo con convicción para llevar allí al Señor.» *(Discurso de S.S. Francisco, 21 de junio de 2018)*

Meditación

En la lectura que Cristo hace en la sinagoga no está señalada solamente su venida, sino incluso su misión, su plan de acción, su hoja de ruta, que es la misma que debemos a sumir nosotros, sus seguidores. «Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres, para anunciar a los

cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor.»

Quizás algunos podemos quedarnos enganchados con aquello de «el año de gracia del Señor». No podemos tomarlo literalmente. Es un modo de decir el inicio de otro tiempo, de otra época, de otro período. De aquí para adelante. Tal como efectivamente contamos los años en occidente: antes de Cristo y después de Cristo. Es que hemos entrado en otro período, en otra etapa en la historia de la salvación. Estamos en el Año de Gracia del Señor. Es la mismísima Trinidad actuando en la historia, iluminándola para hacer posible nuestra Salvación. A eso se refieren las Escrituras. Y es esto lo que nos dice el Señor que se ha cumplido.

Esta es la Buena Nueva. Hemos entrado en un nuevo período de la historia. Se han abierto las puertas del cielo; hemos sido liberados. Se ha restaurado la alianza. Jesús, nuestro Redentor, lo ha hecho posible. Impulsado por el Espíritu Santo, Él es el Puente, Él es el Camino hacia el Padre.

El Señor ha venido para ser alimento de los pobres, de los oprimidos, de los ciegos, de los afligidos, de los perseguidos. Él es el remanso de paz que buscamos, el comienzo de una nueva vida, de una nueva historia, la del Nuevo Testamento, la del Año de Gracia del Señor. Toda la vida misma está impregnada de esa Gracia. Estamos viviendo nuevos tiempos. Podemos mirar hacia adelante con esperanza, porque se ha sellado el pacto, con la Sangre de Cristo. Muriendo en la cruz y resucitando, ha abierto para nosotros las puertas del cielo. El Camino está trazado y restaurado. Transitemos por este año de gracia, hacia los brazos del Padre, que nos espera desde siempre para ocupar el lugar que nos tiene reservado. ¡Qué mejor noticia!

Oración final

Hoy: palabra clave en mi vida de cada día. En este *hoy* e cumple la Escritura. En este *hoy* Cristo entra en la sinagoga de mis convicciones para proclamar un nuevo mensaje a la pobreza de mi pensamiento, a los sentimientos prisioneros de aquel deseo quebrado en las ruinas de un cotidiano gris arrastrado hora por hora, a mi mirada ofuscada por mi horizonte miope. Un año de gracia, de regreso, de bendición. Señor, que mi hoy sea el tuyo, para que ninguna palabra tuya pueda caer en vano en mi vida, sino que todas puedan realizarse como granos de trigo en el surco helado del pasado, capaces de germinar con los primeros vientos de la primavera.

LUNES, 28 DE ENERO DE 2019

SANTOS TOMÁS DE AQUINO, PRESBITERO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Entre el bien y el mal.

Oración introductoria

Señor, dame la oportunidad de escucharte a través de todo lo que sucede en mi vida. Pero, sobre todo, te pido que me des el entendimiento que necesito para comprender, aceptar y, finalmente, vivir conforme a lo que Tú quieres de mi vida.

Petición

Jesús, ayúdame a conocer, vivir y transmitir tu amor.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 9,15.24-28)

Hermanos: Cristo es mediador de una alianza nueva: en ella ha habido una muerte que ha redimido de los pecados cometidos durante la primera alianza; y así los llamados pueden recibir la promesa de la herencia eterna.

Cristo entró no en un santuario construido por hombres, imagen del auténtico, sino en el mismo cielo, para ponerse ante Dios, intercediendo por nosotros. Tampoco se ofrece a sí mismo muchas veces como el sumo sacerdote, que entraba en el santuario todos los años y ofrecía sangre ajena. Si hubiese sido así, tendría que haber padecido muchas veces, desde la fundación del mundo. De hecho, él se ha manifestado una sola vez, al final de los tiempos, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo. Por cuanto el destino de los hombres es morir una sola vez; y después de la muerte, el juicio. De la misma manera, Cristo se ofreció una sola vez para quitar los pecados de todos. La segunda vez aparecerá, sin ninguna relación al pecado, para salvar a los que lo esperan.

Salmo (Sal 97,1.2-3ab.3cd-4.5-6)

Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 3,22-30)

En aquel tiempo, los escribas que habían bajado de Jerusalén decían: «Tiene dentro a Belzebú y expulsa a los demonios con el poder del jefe de los demonios». Él los invitó a acercarse y les hablaba en parábolas: «¿Cómo va a echar Satanás a Satanás? Un reino dividido internamente no puede subsistir; una familia dividida no puede subsistir. Si Satanás se rebela contra sí mismo, para hacerse la guerra, no puede subsistir, está perdido. Nadie puede meterse en casa de un hombre forzado para arramblar con su ajuar, si primero no lo ata; entonces podrá arramblar con la casa. En verdad os digo, todo se les podrá perdonar a los hombres: los pecados y cualquier blasfemia que digan; pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás, cargará con su pecado para siempre». Se refería a los que decían que tenía dentro un espíritu inmundo.

Releemos el evangelio

Isaac de Stella (i-c. 1171)

monje cisterciense

Sermón 39, 2-6; SC 207

La envidia, una blasfemia contra el Espíritu Santo

“Está poseído por Belzebul y expulsa a los demonios por el poder del Príncipe de los Demonios”... Lo propio de los tipos pervertidos y tocados por el soplo de la envidia es cerrar por todos los medios los ojos a los méritos de los demás, y, cuando vencidos por la evidencia ya no pueden hacerlo, desprecian o tergiversan las actitudes de los demás. Por esto, cuando la multitud se queda maravillada y exultante de devoción a la vista de los prodigios de Cristo, los fariseos y escribas cierran los ojos a la verdad, rebajan lo que es grande, tergiversan lo que es bueno. En una circunstancia, por ejemplo, haciéndose los ignorantes, dicen al autor de tantos prodigios: “¿Qué señal haces para que viéndola creamos en ti?” (Jn 6,30) Aquí, no pudiendo negar el hecho, lo desprecian malévolamente, reclamando un signo del cielo, como si el signo que acaban de ver no fuera celestial. Y tergiversándolo dicen: “Por el príncipe de los demonios expulsa a los demonios.”

Aquí, amados míos, radica la blasfemia contra el Espíritu Santo, blasfemia que ata a los que una vez han sido seducidos por ella con cadenas de culpabilidad eterna. No se le niega al penitente el perdón de todo si produce frutos de penitencia. (Lc 3,8) Pero, aplastado bajo un peso de malicia, no tiene fuerza de aspirar a esta penitencia que le llama al perdón. Según un inescrutable y justo juicio de Dios, aquel que percibiendo con evidencia en su hermano la gracia de la operación del Espíritu Santo, no pudiéndola negar y, animado por la envidia no teme de tergiversar los hechos y calumniar y atribuir a espíritu maligno lo que sabe perfectamente que viene del Espíritu Santo contra quien atenta, así ofuscado, ciego por su propia malicia, ya no puede querer la penitencia que le obtendría el perdón. ¿Qué hay de más grave que atreverse, por envidia de un hermano que debemos amar como a nosotros mismos, blasfemar de la bondad de Dios que debemos amar más que a nosotros mismos e insultar la majestad de Dios desacreditando a un hermano?

Palabras del Santo Padre Francisco

«Preguntarnos si las novedades son todas malas, todas. La respuesta es “no”. El Evangelio es una novedad, Jesús es una novedad, es la novedad de Dios. Es necesario discernir las novedades: ¿esta novedad es del Señor, viene del Espíritu Santo, viene de la raíz de Dios o esta novedad viene de una raíz perversa? Antes, sí, era pecado, no se podía matar a los niños, pero hoy se puede, no hay mucho problema, es una novedad perversa. Ayer las diferencias estaban claras, como hizo Dios, la creación se respetaba; pero hoy somos un poco modernos: tú haces, tú entiendes, las cosas no son muy diferentes si se hace una mezcla de cosas.

Y esta es la raíz perversa: la novedad de Dios nunca hace una mezcla, nunca hace una negociación; es vida, va de frente, es raíz buena, hace crecer, mira al futuro. Las colonizaciones ideológicas y culturales miran sobre todo al presente, reniegan del pasado y no miran al futuro: viven en el momento, no en el tiempo y por esto no pueden prometernos nada. Con este comportamiento de hacer a todos iguales y borrar las diferencias cometen, hacen el pecado feísimo de blasfemar contra el Dios creador. Cada vez que llega una colonización cultural e ideológica se peca contra Dios creador porque se quiere cambiar la creación como Él la ha hecho.»
(Homilía de S.S. Francisco, 21 de noviembre de 2017).

Meditación

Hacemos gran cantidad de juicios en el momento en que vemos la maldad de una persona. El mal se puede encontrar hasta en los que no nos imaginamos: un familiar, un amigo... La tendencia natural es ser un escriba que enjuicia todo lo que no está conforme a sus propios criterios. Nuestro deber es comprenderle, pues no sabemos toda la historia que hay por detrás. Sin aceptar el mal que hacen, es de vital importancia saber acompañar.

Esto sucede de forma semejante en nosotros cuando vemos nuestro interior y nos damos cuenta de que hay una constante batalla entre el bien

que deseamos y el mal que nos obliga. Nos puede ayudar el recordar una imagen bastante común: Cuando estamos decidiendo el hacer o no hacer, ya sea bueno o malo; el demonio comienza a tentar en un oído y el ángel, por el otro lado, no hace más que recordar lo que somos.

Si tenemos claro lo que somos, seres capaces de obrar coherentemente. El discernimiento será más claro y el momento de actuar será lo que confirme nuestra lucha por hacer el bien. En cambio, si no tenemos clara nuestra identidad entraremos en confusión y no sabremos salir adelante. Incluso estando rodeados por el pecado, si sabemos quiénes somos podremos salir adelante en medio de nuestras debilidades, de nuestros defectos y egoísmos.

Oración final

Yahvé ha dado a conocer su salvación,
ha revelado su justicia a las naciones;
¡Aclama a Yahvé, tierra entera,
gritad alegres, gozosos, cantad! *(Sal 98,2.4)*

MARTES, 29 DE ENERO DE 2019

Dios quiere que seamos parte de su familia.

Oración introductoria

Padre, te doy gracias por el don infinito de tu amor, Tú has demostrado ser mi Padre, mi hermano y mi amigo; dame la gracia y el amor suficiente para cumplir tu voluntad y, así, ser cada día más parte de tu familia.

Petición

Señor, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 10,1-10)

Hermanos: La ley, que presenta solo una sombra de los bienes futuros y no la realidad misma de las cosas, no puede nunca hacer perfectos a los que se acercan, pues lo hacen año tras año y ofrecen siempre los mismos sacrificios. Si no fuera así, ¿no habrían dejado de ofrecerse, porque los ministros del culto, purificados de una vez para siempre, no tendrían ya ningún pecado sobre su conciencia? Pero, en realidad, con estos sacrificios se recuerdan, año tras año, los pecados. Porque es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados. Por eso, al entrar él en el mundo dice: «Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije: He aquí que vengo -pues así está escrito en el comienzo del libro acerca de mí- para hacer, ¡oh, Dios!, tu voluntad». Primero dice: «Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, ni holocaustos, ni víctimas expiatorias», que se ofrecen según la ley. Después añade: «He aquí que vengo para hacer tu voluntad». Niega lo primero, para afirmar lo segundo. Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre.

Salmo (Sal 39,2.4ab.7-8a.10.11)

Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 3,31-35)

En aquel tiempo, llegaron la madre de Jesús y sus hermanos y, desde fuera, lo mandaron llamar. La gente que tenía sentada alrededor le dice: «Mira, tu madre y tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan». Él les pregunta: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?». Y mirando a los que estaban sentados alrededor, dice: «Estos son mi madre y mis hermanos. El

que haga la voluntad de Dios, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre».

Releemos el evangelio

San Basilio Magno

Regla mayor, respuesta 2,2-4

¿Cómo pagaremos al Señor todo el bien que nos ha hecho?

¿Qué lenguaje será capaz de explicar adecuadamente los dones de Dios? Son tantos que no pueden contarse, y son tan grandes y de tal calidad que uno solo de ellos merece toda nuestra gratitud.

La bondad del Señor no nos dejó abandonados y, aunque nuestra insensatez nos llevó a despreciar sus honores, no se extinguió su amor por nosotros, a pesar de habernos mostrado rebeldes para con nuestro bienhechor; por el contrario, fuimos rescatados de la muerte y restituidos a la vida por el mismo nuestro Señor Jesucristo; y la manera como lo hizo es lo que más excita nuestra admiración. En efecto, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo.

Más aún, soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores, fue traspasado por nuestras rebeliones, sus cicatrices nos curaron; además, nos rescató de la maldición, haciéndose por nosotros un maldito, y sufrió la muerte más ignominiosa para llevarnos a una vida gloriosa. Y no se contentó con volver a dar vida a los que estaban muertos, sino que los hizo también partícipes de su divinidad y les preparó un descanso eterno y una felicidad que supera toda imaginación humana.

¿Cómo pagaremos, pues, al Señor todo el bien que nos ha hecho? Es tan bueno que la única paga que exige es que lo amemos por todo lo que nos ha dado. Y, cuando pienso en todo esto -voy a decirlo lo que siento-, me horrorizo de pensar en el peligro de que alguna vez, por falta de

consideración o por estar absorto en cosas vanas, me olvide del amor de Dios y sea para Cristo causa de vergüenza y oprobio.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El único lenguaje que entendían era el del amor. Por lo tanto, supo identificar una forma particular de sociedad en la que no hay lugar para el aislamiento o la soledad, sino que se rige por el principio de colaboración entre las diferentes familias, donde los miembros se reconocen como hermanos en la fe. Así en Nomadelfia, en respuesta a una vocación especial del Señor, se establecen lazos mucho más sólidos que los del parentesco. Se actúa una consanguinidad con Jesús, propia de quien ha renacido del agua y del Espíritu Santo y según las palabras del divino Maestro: "Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre". Este vínculo especial de consanguinidad y de familiaridad, también se manifiesta en las relaciones mutuas entre las personas: todos se llaman por nombre, nunca por apellido, y en las relaciones diarios se usa el familiar "tú".»
(Discurso de S.S. Francisco, 10 de mayo de 2018).

Meditación

Dios nos acoge en su familia.

Tal vez nos hemos acostumbrado a escuchar que «somos hijos de Dios», o que «Dios debe ser parte de nuestra familia». Expresiones como éstas son muy comunes en nuestro día a día, sin embargo, no siempre somos conscientes de la magnitud e implicaciones contenidas en estas verdades. Dios, en su infinito amor, nos ha hecho parte de su familia divina. Como padre, busca lo mejor para nosotros, lo que más nos conviene; como hermano, siempre está allí para ayudarnos y caminar junto a nosotros; como hijo, sí, también Dios quiere ser nuestro hijo, Él quiere que le prestemos atención y le demos cariño

La Voluntad Divina, medio de crecimiento en el amor.

El amor se demuestra en las obras. Qué puede complacer más a un padre que un hijo fiel que sigue sus consejos y hace cuanto se le pide. El amor mueve al hijo a buscar satisfacer los deseos de la persona amada; sus deseos y aspiraciones son también nuestros deseos y aspiraciones. Como familia aprendemos a querer lo que el otro quiere, a disfrutar lo que el otro disfruta. Dios quiere que crezcamos y seamos exitosos, y esto lo hace feliz. La expresión «la voluntad divina» es sólo otro modo de decir «el plan amoroso de Dios para sus hijos». Dios que nos ama tanto nos muestra el camino hacia la felicidad.

Oración final

Yo esperaba impaciente a Yahvé:
hacia mí se inclinó
y escuchó mi clamor.
Puso en mi boca un cántico nuevo,
una alabanza a nuestro Dios. *(Sal 40,2.4)*

MIERCOLES, 30 DE ENERO DE 2019

Un buen terreno da buenos frutos

Oración introductoria

Señor, dame la gracia de poder tener mi alma lo más pura posible para acoger tu palabra, y dar los frutos de amor que Tú quieres que yo dé.

Petición

Jesucristo, concédeme corresponderte y ser fiel a todas las gracias que derramas en mi alma.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 10,11-18)

Cualquier otro sacerdote ejerce su ministerio, diariamente, ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, porque de ningún modo pueden borrar los pecados. Pero Cristo ofreció por los pecados, para siempre jamás, un solo sacrificio; está sentado a la derecha de Dios y espera el tiempo que falta hasta que sus enemigos sean puestos como estrado de sus pies. Con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los que van siendo consagrados. Esto nos lo atestigua también el Espíritu Santo. En efecto, después de decir: Así será la alianza que haré con ellos después de aquellos días dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones y las escribiré en su mente; añade: Y no me acordaré ya de sus pecados ni de sus crímenes. Donde hay perdón, no hay ofrenda por los pecados.

Salmo (Sal 109,1.2.3.4)

Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 4,1-20)

En aquel tiempo, Jesús se puso a enseñar otra vez junto al lago. Acudió un gentío tan enorme que tuvo que subirse a una barca; se sentó, y el gentío se quedó en la orilla. Les enseñó mucho rato con parábolas, como él solía enseñar: «Escuchad: Salió el sembrador a sembrar; al sembrar, algo cayó al borde del camino, vinieron los pájaros y se lo comieron. Otro poco cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra; como la tierra no era profunda, brotó en seguida; pero, en cuanto salió el sol, se abrasó y, por falta de raíz, se secó. Otro poco cayó entre zarzas; las zarzas crecieron, lo ahogaron, y no dio grano. El resto cayó en tierra buena: nació, creció y dio grano; y la cosecha fue del treinta o del sesenta o del ciento por uno.» Y añadió: «El que tenga oídos para oír, que oiga.» Cuando se quedó solo, los que estaban alrededor y los Doce le preguntaban el sentido de las parábolas. Él les dijo: «A vosotros se os han comunicado los secretos del reino de Dios; en cambio, a los de fuera todo se les presenta en parábolas, para que por más que miren, no vean, por más que oigan, no entiendan,

no sea que se conviertan y los perdonen.» Y añadió: «¿No entendéis esta parábola? ¿Pues, cómo vais a entender las demás? El sembrador siembra la palabra. Hay unos que están al borde del camino donde se siembra la palabra; pero, en cuanto la escuchan, viene Satanás y se lleva la palabra sembrada en ellos. Hay otros que reciben la simiente como terreno pedregoso; al escucharla, la acogen con alegría, pero no tienen raíces, son inconstantes y, cuando viene una dificultad o persecución por la palabra, en seguida sucumben. Hay otros que reciben la simiente entre zarzas; éstos son los que escuchan la palabra, pero los afanes de la vida, la seducción de las riquezas y el deseo de todo lo demás los invaden, ahogan la palabra, y se queda estéril. Los otros son los que reciben la simiente en tierra buena; escuchan la palabra, la aceptan y dan una cosecha del treinta o del sesenta o del ciento por uno.»

Releemos el evangelio

San Bernardo

Sermón sobre el Cantar de los Cantares 61,3-5

Si creció el pecado, más desbordante fue la gracia

Sus designios eran designios de paz, y yo lo ignoraba. Porque, ¿quién conoció la mente del Señor?, ¿quién fue su consejero? Pero el clavo penetrante se ha convertido para mí en una llave que me ha abierto el conocimiento de la voluntad del Señor. ¿Por qué no he de mirar a través de esta hendidura? Tanto el clavo como la llaga proclaman que en verdad Dios está en Cristo reconciliando al mundo consigo. Un hierro atravesó su alma, hasta cerca del corazón, de modo que ya no es incapaz de compadecerse de mis debilidades.

Las heridas que su cuerpo recibió nos dejan ver los secretos de su corazón; nos dejan ver el gran misterio de piedad, nos dejan ver la entrañable misericordia de nuestro Dios, por la que nos ha visitado el sol que nace de lo alto. ¿Qué dificultad hay en admitir que tus llagas nos dejan ver tus entrañas? No podría hallarse otro medio más claro que estas tus llagas para comprender que tú, Señor, eres bueno y clemente, y rico en

misericordia. Nadie tiene una misericordia más grande que el que da su vida por los sentenciados a muerte y a la condenación.

Luego mi único mérito es la misericordia del Señor. No seré pobre en méritos, mientras él no lo sea en misericordia. Y, porque la misericordia del Señor es mucha, muchos son también mis méritos. Y, aunque tengo conciencia de mis muchos pecados, si creció el pecado, más desbordante fue la gracia. Y, si la misericordia del Señor dura siempre, yo también cantaré eternamente las misericordias del Señor. ¿Cantaré acaso mi propia justicia? Señor, narraré tu justicia, tuya entera. Sin embargo, ella es también mía, pues tú has sido constituido mi justicia de parte de Dios.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Mediante la predicación y la acción de Jesús, el Reino de Dios es anunciado, irrumpe en el campo del mundo y, como la semilla, crece y se desarrolla por sí mismo, por fuerza propia y según criterios humanamente no descifrables. Esta, en su crecer y brotar dentro de la historia, no depende tanto de la obra del hombre, sino que es sobre todo expresión del poder y de la bondad de Dios, de la fuerza del Espíritu Santo que lleva adelante la vida cristiana en el Pueblo de Dios.

A veces la historia, con sus sucesos y sus protagonistas, parece ir en sentido contrario al designio del Padre celestial, que quiere para todos sus hijos la justicia, la fraternidad, la paz. Pero nosotros estamos llamados a vivir estos periodos como temporadas de prueba, de esperanza y de espera vigilante de la cosecha. De hecho, ayer como hoy, el Reino de Dios crece en el mundo de forma misteriosa, de forma sorprendente, desvelando el poder escondido de la pequeña semilla, su vitalidad victoriosa. Dentro de los pliegues de eventos personales y sociales que a veces parecen marcar el naufragio de la esperanza, es necesario permanecer confiados en el actuar tenue pero poderoso de Dios.» *(Homilía de S.S. Francisco, 17 de junio de 2018).*

Meditación

Me acuerdo que mi abuelo tenía un terreno en el cual, un día, sembró papas; tenía semillas de primera calidad, y bastantes químicos que le ayudarían para protegerlas de los insectos y bacterias, hasta que llegara el momento de la cosecha. Cuando llegó ese día, no dio los «frutos» (papas) que esperábamos. Cuando analizamos el por qué, descubrimos que nos había faltado preparar bien el terreno.

En nuestra vida es así; cuántas veces recibimos de manos de Dios las semillas de óptima calidad y todo lo necesario para dar frutos abundantes, pero por el terreno de nuestra alma no podemos dar los frutos que esperábamos, o más bien los que Dios quiere que demos. Dios nos da varios tipos de semillas: la semilla de la fe, la semilla de la esperanza, la semilla del amor, la semilla de ser más generoso, y así varios tipos de semilla. Pero hay una semilla bastante especial, *“la semilla de la Eucaristía”*.

La semilla más importante que Dios Padre da. Nos da a su Hijo único en esta semilla de la Eucaristía, pero ¿qué tipo de terreno tenemos en nuestra alma para acoger esta semilla? ¿Es un terreno puro, limpio de cualquier basura que impida que esta semilla se desarrolle en nosotros? ¿O es un terreno al que no le prestamos mucha atención, y sólo de vez en cuando lo limpiamos? El terreno de nuestra alma debería tener una tierra buena, regada, suelta, abonada, limpia de bichos raros que impiden que la buena semilla se desarrolle plenamente, porque sólo así Cristo puede obrar plenamente en nosotros y ayudarnos a dar frutos abundantes. Y los frutos que nos pedirá serán los frutos de amor.

Oración final

Consulté a Yahvé y me respondió:

me libró de todos mis temores.

Los que lo miran quedarán radiantes,

no habrá sonrojo en sus semblantes. *(Sal 34,5-6)*

JUEVES, 31 DE ENERO DE 2019

SAN JUAN BOSCO, PRESBITERO

Testigos del mensaje de Dios

Oración introductoria

Señor, vengo hoy a encontrarme contigo en este rato de oración. Ayúdame a tener ese silencio interior que tanto necesito para escuchar tu voz y lo que quieres de mí. Y dame la fortaleza que necesito para hacer lo que me pidas.

Petición

Señor, concédeme la gracia de vivir siempre con fe y caridad y dar testimonio de ello a los demás.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 10,19-25)

Teniendo entrada libre al santuario, en virtud de la sangre de Jesús, contando con el camino nuevo y vivo que él ha inaugurado para nosotros a través de la cortina, o sea, de su carne, y teniendo un gran sacerdote al frente de la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero y llenos de fe, con el corazón purificado de mala conciencia y con el cuerpo lavado en agua pura. Mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos, porque es fiel quien hizo la promesa; fijémonos los unos en los otros, para estimularnos a la caridad y a las buenas obras. No desertéis de las asambleas, como algunos tienen por costumbre, sino animaos tanto más cuanto más cercano veis el Día.

Salmo (Sal 23,1-2.3-4ab.5-6)

Esta es la generación que busca tu rostro, Señor.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 4,21-25)

En aquel tiempo, dijo Jesús a la muchedumbre: «¿Se trae el candil para meterlo debajo del celemín o debajo de la cama, o para ponerlo en el candelero? Si se esconde algo, es para que se descubra; si algo se hace a ocultas, es para que salga a la luz. El que tenga oídos para oír, que oiga.» Les dijo también: «Atención a lo que estáis oyendo: la medida que uséis la usarán con vosotros, y con creces. Porque al que tiene se le dará y al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene.»

Releemos el evangelio

Concilio Vaticano II

Ad Gentes: La actividad misionera de la Iglesia, 21

“Que vuestra luz brille ante los hombres.” (cf Mt 5,16)

El evangelio lo puede penetrar profundamente en las conciencias, en la vida y en el trabajo de un pueblo sin la presencia activa de los seglares. Por ello, ya al tiempo de fundar la Iglesia hay que atender sobre todo a la constitución de un maduro laicado cristiano...La obligación principal de los seglares, hombres y mujeres, es el testimonio de Cristo, que deben dar con la vida y con la palabra en la familia, en su grupo social y en el ámbito de su profesión. Es necesario que en ellos aparezca el hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad verdadera (cf Ef 4,24). Y deben expresar esta vida nueva en el ambiente de la sociedad y de la cultura patria, según las tradiciones de su nación.

Tienen que conocer esta cultura, sanearla y conservarla, desarrollarla según las nuevas condiciones y, finalmente, perfeccionarla en Cristo, para que la fe cristiana y la vida de la Iglesia no sea ya extraña a la sociedad en que viven, sino que empiece a penetrarla y transformarla. Únanse a sus conciudadanos con sincera caridad a fin de que en el trato con ellos aparezca el nuevo vínculo de unidad y de solidaridad universal que brota del misterio de Cristo. Siembren también la fe de Cristo entre sus compañeros de trabajo, obligación que tanto más urge cuando que

muchos hombres no pueden oír hablar del evangelio ni conocer a Cristo más que por sus vecinos seculares....

Los ministros de la Iglesia, por su parte, aprecien grandemente el activo apostolado de los seculares. Fórmenlos para que, como miembros de Cristo, sean conscientes de su responsabilidad en pro de todos los hombres; instrúyanlos profundamente en el misterio de Cristo; inícienlos en los métodos prácticos y asístanles en las dificultades...

Observando, pues, las funciones y responsabilidades propias de los pastores y de los seculares, dé toda la Iglesia joven testimonio vivo y firme de Cristo, para convertirse en señal luminosa de la salvación, que nos llegó en Cristo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La vida del apóstol, que brota de la confesión y desemboca en el ofrecimiento, transcurre cada día en la oración. La oración es el agua indispensable que alimenta la esperanza y hace crecer la confianza. La oración nos hace sentir amados y nos permite amar. Nos hace ir adelante en los momentos más oscuros, porque enciende la luz de Dios. En la Iglesia, la oración es la que nos sostiene a todos y nos ayuda a superar las pruebas.»
(Homilía de S.S. Francisco, 29 de junio de 2017).

Meditación

Un candelabro que no funciona no da luz y no ayuda, pero cuando alumbra todos se dan cuenta. Nos puede pasar que sabemos lo que tenemos que hacer en ciertas circunstancias u ocasiones, pero cuando por miedo o pereza no lo hacemos, nos sentimos como si algo nos faltara. Dios nos pide que seamos sus testigos a los que la gente puede ver irradiando su luz. Es la misión del apóstol de Jesucristo comunicar su mensaje como el candelabro nos transmite luz y calor, no debemos dejarnos llevar por el miedo o las dificultades del anuncio del mensaje de Cristo.

Esta misión que Dios nos da no es algo sencillo porque al final de los tiempos Él nos preguntará cómo seguimos su mandato. Por eso necesitamos dejarnos amar por Dios para que Él sea el protagonista de la misión que nos propone.

Dios nos ha dejado la tarea de manifestar su amor a nuestros hermanos los hombres; cada día es una nueva oportunidad para cumplir nuestro encargo con entusiasmo y dedicación, mostrándonos abiertos a su plan, «Señor heme aquí para hacer tu voluntad.» (Cfr. Heb. 10,7)

Oración final

Gustad y ved lo bueno que es Yahvé,
dichoso el hombre que se acoge a él. (Sal 34,9)

VIERNES, 01 DE FEBRERO DE 2019

Más alta que las demás hortalizas.

Oración introductoria

Señor, enséñame a escuchar con paciencia tu voz, sabiendo que tu gracia no crece de la noche a la mañana, sino que germina poco a poco en mi interior.

Petición

Señor, haz que nazca siempre en mí de nuevo la semilla de tu gracia, la alegría de seguirte y amarte.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 10,32-39)

Hermanos: Recordad aquellos días primeros, en los que, recién iluminados, soportasteis múltiples combates y sufrimientos: unos, expuestos

públicamente a oprobios y malos tratos; otros, solidarios de los que eran tratados así. Compartisteis el sufrimiento de los encarcelados, aceptasteis con alegría que os confiscaran los bienes, sabiendo que teníais bienes mejores y permanentes. No renunciéis, pues, a vuestra valentía, que tendrá una gran recompensa. Os hace falta paciencia para cumplir la voluntad de Dios y alcanzar la promesa. «Un poquito de tiempo todavía y el que viene llegará sin retraso; mi justo vivirá por la fe, pero si se arredra le retiraré mi favor». Pero nosotros no somos gente que se arredra para su perdición, sino hombres de fe para salvar el alma.

Salmo (Sal 36,3-4.5-6.23-24.39-40)

El Señor es quien salva a los justos.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 4,26-34)

En aquel tiempo, Jesús decía al gentío: «El reino de Dios se parece a un hombre que echa semilla en la tierra. Él duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo fruto sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega». Dijo también: «¿Con qué podemos comparar el reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos? Con un grano de mostaza: al sembrarlo en la tierra es la semilla más pequeña, pero después de sembrada crece, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros del cielo pueden anidar a su sombra». Con muchas parábolas parecidas les exponía la palabra, acomodándose a su entender. Todo se lo exponía con parábolas, pero a sus discípulos se lo explicaba todo en privado.

Releemos el evangelio

San Ambrosio (c. 340-397)

obispo de Milán y doctor de la Iglesia

Comentario al evangelio de Lucas, VII, 179-182; SC 52

Cristo sembrado en tierra

En un jardín Cristo fue arrestado y sepultado; creció en este jardín, y en el mismo resucitó. Y así llegó a ser un árbol... Entonces, sembrad a Cristo en vuestro jardín... Con Cristo, muele la semilla de mostaza, apriétela y siembre la fe. La fe se prensa cuando creemos en Cristo crucificado. Pablo prensó la fe cuando decía: "No he venido a anunciar el misterio de Dios con el prestigio del lenguaje humano o de la sabiduría." «Entre vosotros, no he querido conocer a otro más que a Jesucristo, el Mesías crucificado " (1Co 2,1-2)... Entonces sembramos la fe, cuando según el Evangelio o las lecturas de los apóstoles y de los profetas creemos en la Pasión del Señor; sembramos la fe cuando la cubrimos, en cierto modo, de terreno arado y mullido, de la carne del Señor... Quienquiera que crea que el Hijo de Dios se ha hecho hombre, crea que murió por nosotros y crea que ha resucitado por nosotros.

Siembro pues la fe, cuando planto la sepultura de Cristo en medio de mi jardín. ¿Sabéis que Cristo es una semilla y que es Él quién es sembrado? "Mientras el grano de trigo no caiga en tierra y muera, permanece infecundo; pero si muere, da mucho fruto" (Jn 12,24)... Es Cristo mismo el que lo dice. Pues es a la vez grano de trigo, porque Él "fortifica el corazón del hombre" (Sal. 103,15), y semilla de mostaza, porque reanima el corazón del hombre... Es grano de trigo en cuanto a su resurrección, porque la palabra de Dios y la prueba de su resurrección alimentan las almas, aumentan la esperanza, consolidan el amor - porque Cristo es "el pan de Dios bajado por el cielo" (Jn 6,33). Y es semilla de mostaza, porque qué hay más amargo y agrio que hablar de la Pasión del Señor.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Solo así, abriéndonos y saliendo de nosotros mismos para encontrar a los hermanos, podemos realmente crecer y no solo engañarnos con hacerlo. Cuanto recibimos como don de Dios debe ser, de hecho, donado -el don es para donar- para que sea fecundo y que no sea, en cambio, sepultado por temores egoístas, como enseña la parábola de los talentos. También la semilla, cuando tenemos la semilla en la mano, pero no está para meterlo allí, en el armario, dejarlo allí: está para sembrarlo. El don del Espíritu Santo debemos darlo a la comunidad.» (*Homilía de S.S. Francisco, 6 de junio de 2018*).

Meditación

De pequeño recuerdo que nos pidieron sembrar un par de frijoles en un frasco; pasaba el tiempo y yo me desesperaba porque mis demás compañeros tenían una plantita más grande que la mía. Años después me visitaron unos amigos y vieron que mi planta seguía creciendo y dando frutos, no muchos, pero de manera constante. Cuando pregunté por sus plantas me dijeron que era un proyecto del año pasado, que no contaba más... en pocas palabras que sus plantas murieron.

Podemos correr el mismo riesgo nosotros, podemos ver como la fe, la confianza o alguna otra virtud de nuestros hermanos crece más rápido que la nuestra; nos podemos desesperar; podemos estar tentados a que no dé más fruto, dejar de ponerle el agua de la oración o el abono de nuestro esfuerzo, dejar de exponerla al sol de Cristo; mantenerla en el frasco de nuestro egoísmo, nuestra mediocridad o nuestra indiferencia y no ponerla en la maceta o el jardín de la vida común de todos los días que nos ofrece tantas y tantas oportunidades de vivir la caridad, la paciencia, la perseverancia en la fe, entre otras muchas virtudes que, como cristianos, estamos llamados a vivir.

Agradecemos al Señor por su gracia que nos posibilita a dar los frutos que Él quiere que demos. Aunque nos parezcan pocos, son los que el Señor nos pide y nos daremos cuenta de que al final, estos frutos se disfrutan en común como hermanos.

Oración final

Piedad de mí, oh Dios, por tu bondad,
por tu inmensa ternura borra mi delito,
lávame a fondo de mi culpa,
purifícame de mi pecado. *(Sal 51,3-4)*

SÁBADO, 02 DE FEBRERO DE 2019

PRESENTACIÓN DEL SEÑOR

Impulsado por el Espíritu, fue al templo

Oración introductoria

Espíritu Santo, tú que me guías siempre, dame la fortaleza para abandonarme totalmente en tu providencia para poder seguir tus inspiraciones.

Petición

Señor, ayúdame a corresponder a mi llamada.

Lectura del libro de Malaquías (Mal. 3,1-4)

Así dice el Señor: «Mirad, yo envío a mi mensajero, para que prepare el camino ante mí. De pronto entrará en el santuario el Señor a quien vosotros buscáis, el mensajero de la alianza que vosotros deseáis. Miradlo entrar –dice el Señor de los ejércitos–. ¿Quién podrá resistir el día de su

venida?, ¿quién quedará en pie cuando aparezca? Será un fuego de fundidor, una lejía de lavadero: se sentará como un fundidor que refina la plata, como a plata y a oro refinará a los hijos de Leví, y presentarán al Señor la ofrenda como es debido. Entonces agradará al Señor la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados, como en los años antiguos.»

Salmo (Sal 23)

El Señor, Dios del universo, él es el Rey de la gloria.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 2,22-40)

Cuando llegó el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo primogénito varón será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones.» Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo. Cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo previsto por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.» Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo, diciendo a María, su madre: «Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma.» Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana; de jovencita había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que

aguardaban la liberación de Jerusalén. Y, cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.

Releemos el evangelio

Beato Guerrico de Igny (c. 1080-1157)

abad cisterciense

1er sermón para la Purificación de la Virgen María, 2.3.5; PL 185, 64-65

«Mis ojos han visto a tu Salvador»

Ahí tenéis, hermanos míos, entre las manos de Simeón, un cirio encendido. También vosotros, encended en esta lámpara vuestros cirios, quiero decir estas lámparas que el Señor os ordena tener en vuestras manos (Lc 12,35). «Acercaos a él y quedaréis iluminados» (Sl 33,6) de manera que vosotros mismos seáis más que portadores de unas lámparas: unas luces que alumbren vuestro interior y también al exterior de vosotros mismos y a vuestros prójimos.

¡Que tengáis una lámpara en vuestro corazón, en vuestra mano, en vuestra boca! Que la lámpara que tenéis en vuestro corazón brille para vosotros mismos, que la lámpara que tenéis en vuestra mano y en vuestra boca brille para vuestro prójimo. La lámpara de vuestro corazón es la devoción que inspira la fe; la lámpara de vuestra mano, el ejemplo de las buenas obras; la lámpara de vuestra boca, la palabra que edifica. Porque no debemos contentarnos con ser unas luces a los ojos de los hombres gracias a nuestros actos y a nuestras palabras, sino que nos es necesario brillar incluso delante de los ángeles por nuestra oración, y delante de Dios por nuestra intención. Nuestra lámpara delante de los ángeles es la pureza de nuestra devoción que nos impulsa a cantar recogidamente o a orar con fervor en su presencia. Nuestra lámpara delante de Dios, es la sincera resolución de dar gusto únicamente a aquel ante el cual hemos encontrado gracia...

A fin de que brillen todas estas lámparas, dejen iluminar, hermanos míos, acercándoos al que es la fuente de la luz, quiero decir a Jesús que brilla en las manos de Simeón. Él quiere, ciertamente, iluminar vuestra fe, hacer que resplandezcan vuestras obras, inspiraros la palabra justa para decir a los hombres, llenar de fervor vuestra oración y purificar vuestra intención... Y cuando la lámpara de esta vida se apagará..., veréis la luz de la vida que no se apagará jamás elevarse y subir por la tarde como si fuera en pleno esplendor de mediodía.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Solo Dios es el Señor de la historia individual y familiar; todo nos viene por Él. Cada familia está llamada a reconocer tal primado, custodiando y educando a los hijos para abrirse a Dios que es la fuente de la misma vida. Pasa por aquí el secreto de la juventud interior, testimoniado paradójicamente en el Evangelio por una pareja de ancianos, Simeón y Ana. El viejo Simeón, en particular, inspirado por el Espíritu Santo dice a propósito del niño Jesús: “Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel y para dar señal de contradicción [...] a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones”. Estas palabras proféticas revelan que Jesús ha venido para hacer caer las falsas imágenes que nos hacemos de Dios y también de nosotros mismos; para “rebatir” las seguridades mundanas sobre las que pretendemos apoyarnos; para hacernos “resurgir” hacia un camino humano y cristiano verdadero, sobre los valores del Evangelio.» (*Ángelus de S.S. Francisco, 31 de diciembre de 2017*).

Meditación

Hoy celebramos la presentación del Señor y al mismo tiempo recordamos el encuentro de Jesús con Simeón y con Ana. Estos dos ancianos tenían algo en común: ambos sabían escuchar al Espíritu Santo.

El Espíritu Santo, que es la tercera persona de la Santísima Trinidad, siempre está actuando en nosotros: inspirándonos buenos pensamientos, impulsándonos a obrar el bien e incluso ayudándonos a perdonar en los

momentos en que no nos sentimos capaces. Por ello, debemos aprender a buscar tiempo para estar a solas con Él; a hacer silencio, pues sólo así podremos escuchar y comprender la voz del Señor en lo más íntimo de nuestro corazón.

Dios quiere que todos seamos santos, que podamos llegar un día a ser felices con Él para siempre. El Espíritu Santo quiere ser el guía que nos conduzca a la santidad. ¿Quiero ser feliz para toda la eternidad? ¿Estoy dispuesto a dejarme guiar por el Espíritu Santo?

Oración final

Te alabamos y Te bendecimos, oh Padre, porque mediante tu Hijo, nacido de mujer por obra del Espíritu Santo, nacido bajo la ley, nos has rescatado de la ley y has llenado nuestra existencia de luz y esperanza nueva. Haz que nuestras familias sean acogedoras y fieles a tus proyectos, ayuden y sostengan en los hijos los sueños y el nuevo entusiasmo, lo cubran de ternura cuando sean frágiles, lo eduquen en el amor a Tí y a todas las criaturas. A Tí nuestro Padre, todo honor y gloria.